

papeles del  
450 aniversario

nº 39

Colegio Ntra. Sra. de los Infantes

9 de mayo 1557 a 9 de mayo de 2007

REMEMORANZAS DE LA BELLOTA,  
UN CENTRO DOCENTE EJEMPLAR



Antonio Casado Poyales  
Antiguo alumno



Un querido amigo y ex condiscípulo (hoy padre de nuevos alumnos) fue quien me informó de los actos que se iban a programar para conmemorar el aniversario de nuestro colegio. Recuerdo que fue poco antes de estas pasadas Navidades cuando me persiguió telefónicamente durante dos o tres días hasta que dio finalmente conmigo en mi trabajo y consiguió arrancarme una sonrisa y retrotraerme (nos retrotrajimos ambos, en realidad) a dos décadas más atrás, cuando ambos acabamos COU y nos dispusimos a ingresar en el hoy extinto Colegio Universitario “Santa Catalina”, también de grato recuerdo entre la sociedad toledana.

La cosa fue así: Mi amigo me dijo: “Te voy a enviar ahora mismo un archivo sorpresa por correo electrónico. Chequea el correo, comprueba si te ha llegado y ábrelo”. Y dicho y hecho, casi de inmediato, tenía en mi buzón su mensaje y el adjunto. Pero no podía imaginarme la categoría de la sorpresa. Mi amigo me mandaba ¡la ficha de COU de 1985-86! Allí me encontré conmigo mismo con 17 ó 18 años, y con todos mis compañeros de aquella época. –“¿Qué te parece?” me preguntó mi amigo al otro lado del hilo telefónico. –“¡Vaya pinta que teníamos! ¡Y qué tiempos aquellos!”

Y efectivamente, así era. Porque aquella promoción que hicimos

COU en el 85 fuimos los mismos (añadiendo los que se incorporaron en Bachillerato) que empezamos 7º de EGB (1º de Secundaria, diríamos hoy) en el entonces colegio “nuevo” de la hoy flamante avenida de Europa. Lo inauguramos nosotros. Hasta entonces habíamos estado en el entrañable caserón de la plaza del Colegio de Infantes (aunque los vecinos le decían “de la bellota”, por la que había en la fuente, creo recordar), y en otros edificios tan estropeados como aquel, por-

que por aquellos primeros años setenta, Infantes estaba desparramado por varios lugares del casco histórico, dado que todos no cabíamos en el “colegio viejo”. A mí, y a todos los de mi promoción, nos tocó cursar 1º y 2º de EGB (con D. Valentín y D. Elías) en unas aulas que tenían las Concepcionistas en su casa madre, sita entre el museo de Santa Cruz y el paseo del Carmen, a donde se acababa de trasladar el mercadillo “del Martes”, porque en su anterior emplazamiento –el paseo del Miradero- estaban haciendo una galería comercial y un aparcamiento. Una vez a la semana, la explanada frente al colegio se llenaba de feriantes con las mercaderías más emocionantes y exóticas para críos de seis y siete años como nosotros. A partir de tercero, ya estuvimos en el “colegio viejo” de la Plaza de la Bellota.



Hay que decir que a Infantes íbamos a parar todos los niños que procedíamos del parvulario de doña Pepita Zamorano, que estaba ubicado a pocos metros del callejón de los Niños Hermosos (muy apropiado), más exactamente entre la Calle del Cristo de la Calavera y el arranque de la Cuesta del Pez. De allí salimos numerosas generaciones de “renacuajos con baby” (cuatro y cinco años) que al año siguiente ingresábamos todos (prácticamente) en Infantes. Podíamos decir que Doña Pepita fue, durante muchos años, el banderín de enganche del cura Luis. Para los niños, claro, porque el parvulario era mixto, pero Infantes no. No volvimos a tener contacto con esos seres tan distantes, extraños y mágicos llamados Niñas hasta que llegamos a 1º de BUP, rebosantes de hormonas, y nos juntaron con las que procedían de las Terciarias y la Medalla Milagrosa.

Haciendo honor a la verdad, debo decir que hubo algunos meses- creo recordar que en tercero- durante los cuales estuvimos provisionalmente en unas aulas cedidas por las Terciarias (seguíamos sin haber cabido en la Plaza de La Bellota), en su colegio del paseo de San Cristóbal. Pero no nos juntaron con las niñas, no fuéramos a corromperlas (o ellas a nosotros). Nos hacían entrar y salir por puertas diferentes, a horas diferentes, y estábamos en alas diferentes del colegio, las cuales no se comunicaban por dentro. Incluso el patio del recreo estaba segregado: Un patio para los niños y otro para las niñas, a distinta altura y con una alambrada en medio. Esto que hoy nos parece demencial, entonces era -lamentablemente- de lo más habitual. El edificio de la antigua Escuela Universitaria de Magisterio de la Avenida Barber (hoy Instituto María Pacheco) estuvo también segregado durante bastantes años: medio edificio para los alumnos de la Escuela de Magisterio Masculino “San Ildefonso” y el otro medio para la Escuela de Magisterio Femenina “Santa Teresa”; por supuesto incomunicados por dentro. Si esto ocurría en un centro universitario, cómo no iba a ocurrir en la Primaria. Cosas del franquismo. Eso sí, en Infantes, hasta que murió “el anterior Jefe de Estado”, jamás (jamás de los jamases) hubo que cantar en el patio el “Cara al Sol”, ni cosa parecida, cosa que sí ocurría en algunos centros de enseñanza pública. Sólo cantábamos, apiñados en el patio, los mayos a la Virgen, “que madre nuestra es”, dirigidos por Don Luis. Y punto.

Y hablando del patio, recuerdo que en su centro destacaban unos tiestos con enormes helechos que cuidaba la madre de Don Luis, que vivía con él en el piso superior (donde estaba la vivienda del director); y, entrando desde la calle, a la derecha, estaba la puerta de la capilla, que nunca usábamos, salvo para almacenar las cajas de libros de texto que nos repartía Margarita, la administrativa, todos los comienzos de curso.

Entre el patio y la entrada había un zaguán, en el cual se colgó un enorme panel de madera sobre el que pegaron unas figuras (recortadas a segueta de marquetería) que explicaban los Derechos del Niño. Creo recordar que se trasladó entero al “colegio nuevo” al inaugurarse este. Ignoro si estará allí todavía.



Y el avezado lector se preguntará “si la capilla no se usaba, ¿qué usaban como capilla?”. Pues en La Bellota, nada. No se cabía. Pero muy cerquita teníamos dos conventos de clausura cuyas iglesias empleábamos habitualmente: el de San Pablo -de las Madres Jerónimas-, y el de las Benedictinas (para nosotros “las Benitas”). Bueno, y a veces también en las Terciarias. En las Jerónimas Don Luis impartía la catequesis para la Primera Comunión,



que entonces se hacía en Tercero, y allí también los casiprimicomulgandos hicimos -en familia, una semana antes- la Primera Confesión. La Primera Comunión, como requería una iglesia mayor, por los invitados, ya se hacía en la capilla del Seminario Mayor. Recuerdo a Don Luis dando severas instrucciones a nuestras madres de que no se les ocurriera desperdiciar dinero en trajecitos de marinerito o de almirante, que son señal de vana ostentación. Había que ir en ropa “de domingo”, para que se pudiera aprovechar más veces, y así fuimos casi todos, aunque hubo familias que -pese a la admonición del Cura- persistieron en el atuendo “náutico”.

En Tercero y Cuarto nos tocó de maestro D. Jacinto López (que se acaba de jubilar), el cual nos enseñó (entre otras muchas cosas) a dibujar a escala una planta arquitectónica (la de nuestra clase). Y por supuesto, nos enseñó una ortografía y una gramática perfectas. En tercero ya teníamos ocho años, así que no se podían cometer faltas bajo ningún concepto (¡igual que ahora, que nos llegan a la universidad sin saber escribir!). Estábamos en la planta baja los cinco cursos de la llamada Primera Etapa, en unas aulas grandes

divididas en dos con unos paneles corredizos. Nos acongojaban las voces del terrible D. Jesús, desde la media-aula de al lado, en un estado aparente de cabreo casi continuo. En la de enfrente estaba el enorme (o así nos lo parecía) D. Emilio, jefe de estudios de la EGB, y en la de la esquina, junto a los retretes, estaba el aula de D. Ángel Chimeno, que me tuvo de alumno más adelante, en Quinto curso. Ángel sufría en sus carnes las desventuras del Atleti, como mi señor padre y mi hermano Javier, y tuvo la feliz idea de crear una biblioteca en el aula (quien sabe si de ahí me vino la vocación profesional). Cado uno de nosotros llevamos a clase dos o tres libros propios, que se sometieron a una elemental clasificación, se tejuelaron y se pusieron a disposición de todos nosotros. Él se encargaba de regular los préstamos y las reservas. Al acabar el curso, quien quisiera, los recuperaba, y el resto se quedaban para el “fondo escolar”. Hay que tener en cuenta que el único contacto que teníamos los toledanitos de entonces con una biblioteca de verdad era la Sección Infantil de la Biblioteca Pública del Estado, en el antiguo convento de las Ursulinas (en el Miradero), que estaba a cargo de D<sup>a</sup> Pilar Marco. En aquellos años, el que en Infantes se crease una biblioteca de aula era una innovación pedagógica de primer orden.

En tercero de EGB se hacía una prueba de canto en la que el maestro de capilla de la Catedral, D. Antonio Celada (para sus niños “El Búho”) seleccionaba las mejores voces blancas para la escolanía de la Virgen del Sagrario. A partir de ahí, todas las tardes a ensayar y a aprender solfeo al Conservatorio. Y el resto -a partir de Quinto- al Acolitado.

Las clases para aprender a ayudar a misa las impartía Don Luis en el vecino Convento de las Jerónimas, porque a ser acólito se aprendía con clases prácticas. No era lo mismo ejercer de portacirial, que de portallibro, de turiferario (o portaincensario), de portanaveta, o de acólito “a secas”. Allí nos repartían el “uniforme”: Para los acólitos, sotana roja y roquete blanco, para los escolanos, túnicas color marfil.

Las sotanas podían ser de dos tejidos: el de verano o el de invierno. Si te tocaba el de invierno, el salir con él en la procesión del Corpus era un suplicio. Era como si te revistieras con una manta zamorana. Y no debíamos olvidar el calzado: zapato marrón o negro recién lustrado (¡¡nada de deportivas!!) y calcetín blanco. Se sudaba a chorros. Pues bien, allí, en las Jerónimas, era donde se formaban las sucesivas promociones del acolitado catedralicio. Recuerdo a tres canónigos que estaban un poco más pendientes de nosotros que el resto de sus compañeros: El padre Eduardo Álvarez (“monseñor Eduardini”), que de vez en cuando nos daba una propinilla del cepillo de la Virgen y nos llevaba de excursión por los sótanos y las capillas que nunca nadie veía; D. Pedro Guerrero Ventas (jubilado, pero felizmente aún entre nosotros, autor de interesantes obras sobre la orden de S. Juan y de una monografía mariológica que me dedicó) y el enoorme padre José-Carlos Gómez-Menor, paleógrafo, estudioso del Greco, experto en Arte Sacro y en muchas otras cosas, nieto, hijo, hermano y tío de editores y librereros, que fue el primero en la Catedral en prescindir de la sotana, y que sabía más que nadie de libros antiguos (no podía ser de otro modo). Y también hay que mencionar al en-

tonces sacristán mayor, que imponía respeto con su peluca blanca y su vara de plata, y a Angelillo el vigilante. Entonces, la Catedral era una gran familia a la que nosotros también pertenecíamos.

Las monjitas se encargaban de vez en cuando de limpiarnos las sotanas de los churretes de cera que nos caían de los ciriales. Y no hay que olvidar su buena mano en los fogones: durante los Oficios de la noche del Sábado Santo al Domingo de Resurrección el cardenal bendecía los corderitos pascuales que le llevábamos a hombros, cargados de cintas y cascabeles, corderitos que las monjitas se encargaban luego de sacrificar y cocinar, para que nos los comiésemos en una fiesta de hermandad al siguiente fin de semana.

Sexto fue un revulsivo: ya no íbamos a tener un único maestro sino varios profesores, uno por asignatura. Ya éramos Mayores, con Eme Mayúscula. Y como tales, estábamos arriba, en el primer piso, al que se accedía por una estrechísima escalera, por la que no cabíamos una fila de niños subiendo a la vez que bajaba otra (y menos llevando a la espalda las enormes carteras que llevábamos, que sobresalían por los lados). Había que esperar y guardar turno. Al lado de nuestro aula se hallaba la temible “sala de profesores”, a donde se enviaba a los díscolos. En aquella aula de Sexto (si bien en la entrada ponía “Noveno”), llena de goteras, tuvimos contacto el primer día de curso, la primera clase, con la primera profesora. Que resultó ser la sorprendente (para nosotros) Marina Riaño, la cual no nos dijo una palabra en español y se tiró esa primera hora saludándonos uno a uno en francés, enseñándonos a contestar y corrigiendo nuestra terrible pronunciación. En aquella época en Infantes el idioma era optativo (francés o francés), por lo que Marina se ocupó durante años de meter en nuestras duras molleras la lengua de Molière. Aún conservo con mucho cariño mis viejos libros de francés (I y II parte), con las historias de la famille Vincent, unos canadienses que se mudaban a Francia.

Nuestra querida Marina era una docente que se hacía respetar con su falsa seriedad y que, pese a que nos llevaba más derechos que una vela y nos hacía trabajar, luego nos arrastraba con entusiasmo a una serie de proyectos extraescolares, como las clases prácticas de cocina francesa, o como la edición de la revista “Baños del Cenizar” escrita a máquina (sí, entonces había un artilugio llamado “máquina de escribir”), ciclostilada en folios y grapada. Todo artesanalmente. El primer número, en un derroche presupuestario inusual en aquellos años de austeridad, llevaba la portada a dos tintas (negra y roja), con un dibujo de la fachada del Colegio Viejo. Conservé durante años todos los números que salieron (creo que ocho o nueve), hasta que desaparecieron en un expurgo de papeles efectuado por mi santa madre en el (hasta entonces) “depósito bibliográfico” en



que yo había convertido mi domicilio paterno. (Espero que alguien las conserve y pronto podamos verlas en pdf colgadas de la web del colegio).

Ahora, para papeles, lo que se dice papeles, los que se acumulaban en los sótanos del colegio viejo. El sótano tenía una sala grande, que en un tiempo muy remoto fue gimnasio, y al fondo había unos servicios a los que se pasaba por unas medias puertas de vaivén que a mí siempre me recordaban las del saloon de las películas



del oeste. Del gimnasio sólo quedaban unas espalderas adosadas a la pared y una mesa de ping pong, que se compartía del siguiente modo: nos poníamos girando alrededor de la misma, dábamos un paletazo cuando nos tocaba e inmediatamente pasábamos la pala al que llegaba detrás de nosotros para que estuviera al quite de la vuelta de la pelota, y otra vez al círculo. Y el resto de la sala estaba colmatado por pilas y pilas inmensas de cartones y periódicos, de los que re-

cojíamos con infantil entusiasmo por todo Toledo para vender al peso (creo que pagaban a dos pesetas el kilo) para poder sacar dinero para el colegio nuevo. Don Luis nos mandaba a recolectar cartones, embalajes, periódicos viejos y lo que pilláramos (“con tantos kilos de papel podemos comprar cuantos ladrillos nuevos”), y un ejército de pequeños traperos se encargaba de traer paquetones al viejo gimnasio de la plaza del Colegio Infantes. Creo recordar que en ocasiones había que escalar (realmente) montañas de papeles para poder llegar al otro lado (a los servicios). Periódicamente venían a por el papel con un camioncillo, que paraba al lado de la única ventana que daba a la calle, y desde el sótano una cadena humana de niños sacábamos por ella el papel para cargarlo al camión.

Y si el gimnasio era un almacén de papeles ¿dónde se hacía la gimnasia? Bueno, digamos que las primeras clases de educación física que recuerdo nos las daban en las ruinas de la Iglesia de San Lorenzo. Tal cual. A la izquierda del colegio de Infantes sale una callecita que, pasando por delante de la bella casona renacentista del canónigo Munárriz (que en el barrio llamaban “la Monarri”), iba a parar a S. Lorenzo, una antigua mezquita reconvertida en iglesia tras la Reconquista, y que había sido destruida en la última Guerra Incivil. Quedaba la torre-alminar y las cuatro paredes. Y recuerdo a D. Jacinto, armado con una enorme llave de hierro, abriéndonos la verja para entrar al solar y echar allí cuatro carreras y algún partido de fútbol, entre columnas caídas y ruinas varias, que en eso consistía la clase de Educación Física. Más adelante nos llevaban a desfogarnos a los Campos de D. Gregorio, en donde años más tarde se levantó el colegio nuevo y el actual barrio que lo circunda. Entonces, ir allí era ir al fin del mundo (o al menos al fin de Toledo), tanto, que nos llevábamos las cantimploras, como si fuésemos de

excursión. Y a la vuelta nos pasábamos por la fábrica de “La Casera”, que estaba en la esquina con General Villalba, a pedir que nos las llenasen de gaseosa.

Otros profesores que tuve en Sexto en la Bellota y que debo mencionar fueron: la Señorita Conchita, de Ciencias Sociales (aún la recuerdo poniendo cubos debajo de las goteras), que nos pedía siempre que entrásemos, saliésemos y nos comportásemos “con orden y naturalidad”; Alvarito Ricas (que militaba en las filas del Santa Bárbara C.F., y llegaba cada día con una pieza menos de su destartalado seiscientos, que se le desmantelaba a ojos vista); Don Pedro Sánchez Escobar, de Lengua y Literatura, con su eterna pipa, sus gafas oscuras y su “¡callamos ya!” cuando el rumor en la clase excedía el volumen autorizado. O Don José-Antonio Lancha, de religión (el “otro” cura, porque sólo estaban él y Don Luis); Y, por supuesto, Don Fernando Jiménez Silva, que me daría Artes Plásticas durante toda la EGB, y nos llamaba “¡Industrias!” entre otros epítetos.

También tuvimos a la madre Francisca, una monja Terciaria que pretendía enseñarnos Ciencias. Una ocasión en que no nos portamos “del todo correctamente” en su clase, supuso la posterior entrada de Don Luis a abroncarnos. Pero he aquí que empujó la puerta del aula (acristalada) con tanta ferocidad, que se estrelló contra la percha que había detrás, saltando el cristal en mil pedazos. Estuvimos todo el curso con el cristal roto, claro. Total, para qué arreglarlo, si nos íbamos a marchar al curso siguiente.



Y no sería justo que no mencionase la secretaria. Allí estaban la señorita Margarita y D. Leandro (al que llamábamos –no sé por qué– “el Jobito”), que lo mismo nos matriculaban, que nos cobraban la mensualidad, o nos vendían un bocadillo de choped para el recreo. Sí, en secretaría vendían bocadillos. Con recarga –como las participaciones de lotería-, para poder pagar el colegio nuevo. No sé cómo en un espacio tan pequeño como era aquella secretaría (un cuartichín en el que apenas cabían dos mesas y un archivador) podían hacer tantas cosas. Pero se hacían.

Y habrá que dedicar otro escrito a los recuerdos del colegio nuevo, recién inaugurado sobre los Campos de Don Gregorio. De Séptimo a COU. Pero esa es otra historia, como decía monsieur Moustache.

Antonio Casado Poyales  
Historiador y bibliotecario